

RECIBIDO / RECEIVED 9 de marzo de 2021

ACEPTADO / ACCEPTED 9 de marzo de 2021

Problemas aristotélicos. Lenguaje, dialéctica y hermenéutica

Autor / Author

AUBENQUE, PIERRE

Editorial / Publishing company

ENCUENTRO, Madrid 2021

La editorial Encuentro, que ya nos había ofrecido otro texto (*¿Hay que deconstruir la metafísica?*) del conocido experto aristotélico recientemente fallecido, enriquece con este título las posibilidades de estudiar los fundamentos de la relación entre lenguaje y ontología en nuestra tradición realista. Y lo hace de la mano de uno de los mejores estudiosos de la obra del Estagirita. Sus dos grandes textos de referencia obligada para cualquiera interesado en la filosofía aristotélica son *El problema del ser en Aristóteles: Ensayo sobre la problemática aristotélica* y *La prudencia en Aristóteles: con un apéndice sobre la prudencia en Kant*. Anoto aquí estos dos títulos (publicados por otras editoriales hace años) porque son el marco para comprender tanto el interés de esta recopilación de textos como la del segundo volumen (que confiamos en que también pueda ser traducido al español con un pequeño esfuerzo editorial) dedicado a la filosofía práctica. A medida que uno se adentra en la lectura de los artículos aquí recogidos comprende mejor la importancia de dos cuestiones: la inseparabilidad entre filosofía teórica y práctica más allá de los problemas particulares de los que se ocupa cada una y, sobre todo, la trascendencia de una adecuada comprensión de la obra de Aristóteles para ver hasta qué punto sigue siendo luz que ilumina, o debería iluminar, los debates filosóficos contemporáneos.

En efecto, como señala el autor del estudio introductorio del libro (pp. 9 a 33), Diego Ruiz de Assín, «buena parte de los conceptos que han devenido fundamentales en historia de la filosofía entraron a formar parte de nuestra tradición bajo la impronta que en ellos dejara, precisamente, la filosofía de Aristóteles» (p. 11). En esta breve reseña no puedo por menos que anotar algunas de las ideas que considero especialmente interesantes, siguiendo el orden de los artículos. Orden que, por lo demás, no sigue un criterio cronológico (los textos están fechados entre 1960 y 1991) sino temático, el que el propio Aubenque dispuso para la publicación del original francés de esta recopilación en el año 2009.

Sin quitar importancia al problema histórico que puede plantear el estudio de los esfuerzos teóricos de Aristóteles, creo que es más importante el estrictamente filosófico, ya que en su obra, como señala Ruiz de Assín,

«[...] tales desarrollos parecen responder a una cuestión realmente singular: “¿Qué es el ser?”. Con independencia de las disciplinas que lograra dejar establecidas, ninguna rama de la obra de Aristóteles se muestra ajena al horizonte de búsqueda de una ciencia del ser en cuanto ser, por lo que toda aproximación específica a tal o cual esfera de su pensamiento apenas podría progresar sin toparse, tarde o temprano, con un conflicto de fondo que condiciona en diversos puntos el desarrollo y orientación de su filosofía» (p. 10).

Los siete capítulos responden a dos grandes bloques temáticos: el primero dedicado a la relación entre lenguaje y ser (capítulos I y II), y el segundo (capítulos IV a VII), sobre el sentido de la dialéctica como método de pensamiento en Aristóteles y su comparación con el uso que de ella hizo Hegel. Y muy interesante es, a mi juicio, el capítulo III, que sirve de puente entre los dos bloques, dedicado a la noción aristotélica de «aporía» y su fecundidad como estímulo a la reflexión filosófica, tanto en su vertiente teórica (metafísica y gnoseología) como en la práctica (ética y política) que queda fuera de este libro.

Aubenque hace una interpretación novedosa de Aristóteles —que en el primer estudio queda claramente reflejada— como un filósofo visiblemente preocupado por el lenguaje. En efecto, leídas las obras del Estagirita en relación mutua y no de forma aislada, vemos que su reflexión sobre el ser no es distinta de la reflexión sobre el modo en que hablamos del ser en el contexto particular de una ciudad con un lenguaje determinado. De manera que tan propio del ser humano es su naturaleza como su cultura, su política..., esto es, su ser y sus relaciones.

«La indistinción en la palabra griega *logos* de las ideas de lenguaje y razón expresa y condiciona a la vez una concepción de las relaciones del lenguaje y el pensamiento que inspira, más o menos conscientemente, toda la filosofía griega: no es el lenguaje el que es interpretado como expresión del pensamiento, sino inversamente el pensamiento que es entendido como un sistema análogo al lenguaje, distinto de él únicamente en el sentido de que el pensamiento es un lenguaje “interior”» (p. 39).

Es un interesante artículo en el que polemiza con los dos posibles bandos de la interpretación que en el siglo XX se hizo de la obra de Aristóteles: o caer en el sustancialismo ingenuo por un lado, o en el del mero análisis de los discursos lingüísticos por otro.

«La filosofía de Aristóteles representa una mutación decisiva en la esencia del lenguaje. Aristóteles “desmitifica” el lenguaje, lo “despoetiza”, despojándolo en la medida de lo posible de su ambigüedad. De ese modo lo hace disponible a todas las exigencias de la representabilidad científica, de la calculabilidad matemática, incluso de la transformación técnica del mundo. Sin duda es absurdo

imaginar qué sería del mundo moderno si el lenguaje filosófico hubiera permanecido el mismo de los presocráticos. [...] Aristóteles no es, como quería Burnschvicg, el representante de una mentalidad arcaica o infantil; es el verdadero iniciador de la modernidad» (p. 57).

De ahí el interés del segundo capítulo a propósito de las *Categorías*, titulado «Pensamiento y lenguaje en Aristóteles», en el que, a partir del descubrimiento que se hizo en el siglo XIX, con la lingüística comparada, de que solo los idiomas de raíz indoeuropea tienen el verbo «ser», se muestra cómo la interpretación gramatical de las categorías de Aristóteles es reduccionista al tiempo que destruye la intersección que se da en ellas entre lógica, ontología y gnoseología. En Aristóteles son categorías del lenguaje porque son categorías objetivas del ser.

«Haría falta algo más que un simple artículo para defender las categorías que hemos heredado de los griegos de una crítica tan radical. Para empezar, diremos tan solo que la invocación de la “gramática” no debe intimidar exageradamente al filósofo. Ya que, si las categorías ontológicas parecen derivar de las categorías gramaticales, es de hecho en gran medida debido a que estas últimas se han constituido tardíamente en una época en todo caso posterior a Aristóteles sobre la base de una sistematización filosófica subyacente, donde las categorías ontológicas jugaban su parte: de modo que no es la “sustancia” que ha nacido del sustantivo, sino más bien la categoría de sustantivo que refleja una cierta idea filosófica de la sustancia» (p. 71).

Como señalé más arriba, el capítulo tercero sirve de nexo entre las dos partes (y a mi juicio también con el segundo volumen de la recopilación de artículos en el original francés dedicado a las cuestiones políticas y prácticas). Razón por la cual me ha interesado particularmente. Dedicado a la noción aristotélica de «aporía», Aubenque mostrará aquí cómo en su reflexión y desarrollo va a dar un giro al modo de entender la actividad filosófica. Nos dirá, en efecto, que la reflexión del sabio es provocada en primer lugar por la aporía y la admiración (*thaumazein*) o asombro a raíz de ella: tal es el primer paso para reconocer la propia ignorancia, pues partimos de la dificultad real por entender y explicar lo real.

Como señala Ruiz de Assín, el mérito del estudio de Aubenque estriba en rastrear los distintos sentidos que la aporía tiene en la obra de Aristóteles, el uso que hace de ella, que es sustancialmente metodológico.

«¿Es la aporía tan solo un procedimiento, más aún un simple artificio de exposición, o bien continúa reflejando una situación vivida por el filósofo, evocando de una forma más abstracta las dificultades y pruebas por las cuales este último ha pasado efectivamente? ¿Estamos ante una investigación en la que el filósofo no sabe de antemano adónde conduce ni cómo llevarla a buen término, o bien ante un dogmatismo que se reviste, sin duda por razones pedagógicas, de las apariencias de la investigación?» (p. 77).

La expresión aporética en Aristóteles tiene en ocasiones, efectivamente, un sentido pedagógico o retórico, como el profesor que finge una dificultad para que el alumno le ayude a solucionarla. Pero no siempre es así, señala Aubenque: «resulta que Aristóteles distingue entre las aporías ociosas, acumuladas por predecesores faltos de juicio, y las auténticas aporías a las que no responderá, por lo general, sino haciendo justicia *en un sentido o hasta cierto punto* a las objeciones de los adversarios» (p. 78). Resulta, por tanto, muy interesante el análisis que hace, para delimitar bien el sentido en el que usa el razonamiento aporético, de los otros dos momentos en el modo de conducirlo, la *diaporía* y la *euporía*.

«[...] la diaporía puede consistir las más de las veces en una discusión de las opiniones; pero no necesariamente consiste en eso: la serie de tesis en conflicto entre las cuales hay que caminar laboriosamente para llegar a la verdad no se debe únicamente a las búsquedas inciertas de los hombres, sino a la dificultad de las cosas» (p. 80).

Prueba clara del realismo radical de Aristóteles, sin duda, de su esfuerzo para comprender, por preguntar no a la opinión, sino a las cosas en sí mismas. Lo que nos lleva hasta la *euporía* o resolución de la dificultad inicial, refiriéndose tanto a la eliminación preliminar de las dificultades desveladas por la aporía como al desenlace feliz de la investigación emprendida a partir de ella.

«La filosofía no es un modo de razonar —concluye Aubenque— que describe un avance conquistador; tampoco es, como parecía por momentos serlo para Platón, una dialéctica que culmina y se suprime con una intuición; es el esfuerzo laborioso y titubeante de los filósofos en búsqueda de una verdad difícil» (p. 92).

Con este estudio de los usos de la aporía da paso el libro al revés de la trama: el uso de la dialéctica en el propio Aristóteles y su comparación con el uso que de la dialéctica se hará en la Modernidad, especialmente en Hegel. La prudente humildad del de Estagira contrastará, por tanto, con la pretensión totalizante del sistema hegeliano. Es interesante comprobar cómo en el sistema hegeliano se abre paso —de forma involuntaria— una comprensión de Aristóteles que había quedado postergada en interpretaciones anteriores: la de una filosofía que integra las complejas relaciones entre hermenéutica, ontología y lógica. Es un apasionante recorrido no solo por los inicios de los fundamentos de los grandes sistemas filosóficos, sino especialmente por los fundamentos de la metodología reflexiva específica, sin la cual es imposible comprender el desarrollo de la filosofía y la ciencia occidentales. Como concluye el estudio introductorio:

«Aubenque cerrará esta serie de ensayos, retornando una vez más —si bien desde un ángulo diferente— al asunto con que se daba inicio a estos ejercicios de reflexión, los cuales tienen por objeto una cuestión siempre controvertida: precisar cómo y bajo qué circunstancias se iría conformando en Aristóteles el

proyecto de una ontología, donde de nuevo es posible apreciar una serie de respuestas que, tomando una distancia relativa por relación a una lengua particular, presuponen una configuración general que, aun no siendo siempre articulada de manera explícita, condujo a Aristóteles a tomar la decisión de iniciar una categorización ontológica a partir de un giro interpretativo efectuado en el seno de la lengua que hablaba» (p. 33). ■

AGEJAS ESTEBAN, José Ángel

Universidad Francisco de Vitoria